de las órdenes militares, y trazar de acuerdo con Portugal los límites de los descubrimientos y conquistas de ambas naciones en África y en Indias: ¡cuán diferentes escenas presenció luégo, cuando abatido y mustio el Rey Católico renunció en 1.º de Julio de 1506 á favor de su petulante yerno el poder que su consorte le había legado sobre los reinos de Castilla, y cuando en Febrero de 1509 trajo consigo á su demente hija, inseparablemente acompañada del cadáver de su esposo, para instalarla en la residencia que definitivamente le había escogido! Cuarenta y siete años permaneció en ella la señora de la mayor monarquía de los tiempos modernos, insensible á los trastornos, á las glorias, á las vicisitudes de cuanto la rodeaba, contentándose con descubrir desde las ventanas de su palacio el templo donde yacía el que en vida tan mal la había correspondido, sin que otro suceso viniese á interrumpir su monótona existencia más que las dos breves visitas de su hijo Carlos I en 3 de Octubre de 1517 y en 5 de Marzo de 1520.

Aún estaba muy reciente la última que recibió sin conocerle del futuro emperador al despedirse para Alemania, cuando de pronto y casi á un tiempo llamaron á las puertas del palacio los consejeros del rey ausente y los caudillos de las sublevadas comunidades, evocando como del sepulcro á la hija de los Reyes Católicos para constituirla árbitra imparcial y legítima de sus querellas. Cuidadoso de que los insurrectos tomaran el nombre de la reina, acudió á ella el consejo real con el arzobispo Rojas á su frente para que reprobase con su firma aquellos actos; y entonces ocurrió una escena solemne y misteriosa, que arroja á la vez un rayo de luz en el sombrío encierro y en la perturbada mente de D.ª Juana. «Quince años hace, dijo, que no me tratan verdad ni á mi persona bien, como debieran; y el primero que me ha mentido es el marqués,» añadió señalando al de Denia su mayordomo que á su lado estaba, y que postrándose á sus plantas exclamó: «Verdad es, señora, que os he mentido, pero helo hecho por quitaros de algunas pasiones, y hágola saber

que el rey vuestro padre es muerto y yo lo enterré.» Volviéndose ella al presidente repuso: «paréceme un sueño, obispo, cuánto me dicen y veo;» y el prelado contestó que en sus manos estaba después de Dios el remedio del reino. Al otro día, no olvidada de la etiqueta, mandó que se trajesen bancos y no sillas para sentarse los consejeros como en tiempo de su madre, reservando únicamente silla al presidente; y después de seis horas de plática secreta los despidió, prometiendo firmar las providencias que en Valladolid con sus compañeros acordaran.

Mas no les dió tiempo Padilla: el 2 de Setiembre llegó á las puertas de Tordesillas á la cabeza de su hueste toledana, y al ruido de salvas y trompetas y aclamaciones fué conducido hasta el palacio, donde la reina le acogió benignamente, é informada de su noble calidad y rectas intenciones, le nombró capitán general del reino. De orden de la misma, según se publicó, trasladóse de Ávila á Tordesillas la *santa junta;* Burgos, León, Toledo, Salamanca, Ávila, Segovia, Toro, Madrid, Valladolid, Sigüenza, Soria y Guadalajara, enviaron á ella sus procuradores y á la vez numerosas gentes de infantería y de á caballo, que no cabiendo en la población acamparon fuera, alojándose por las vecinas aldeas los capitanes. En 24 de Setiembre se inauguró la asamblea; el doctor Zúñiga, catedrático de Salamanca, peroró largamente sobre los males y remedios de las cosas públicas, y D.ª Juana después de pedir almohadas para oirle despacio, dolióse de los unos, aprobó los otros, y mandó que designaran de su seno cuatro personas con quienes pudiera conferenciar cada día, si preciso fuese, acerca del gobierno. Los primeros actos de la junta fueron exigir la responsabilidad á los que en las cortes de la Coruña habían otorgado el subsidio al soberano, y ordenar el arresto de los consejeros reales en Valladolid, de los cuales sólo tres llegaron á la villa presos: el marqués de Denia D. Bernardo de Rojas y Sandoval, fué separado de la real casa con su esposa, y confióse á la del capitán

Quintanilla y á las de otros comuneros, el servicio y custodia de la reina y de la infanta Catalina, doncella de catorce años y única compañía de la infortunada madre (1).

Esta galvánica resurrección, si fué tal como se dijo entonces, cesó muy en breve; D.ª Juana volvió á su letargo, y la *santa junta* se quedó con el sello real y un fantasma de reina, sin atreverse á llevar adelante sus deliberaciones. Perdióse el tiempo en tratos de paz inútiles, en recriminaciones acerbas con los que defendían los derechos del emperador; y hasta mediados de Noviembre no se puso en marcha el ejército de las comunidades, compuesto de diez y siete mil hombres, llevando por capitanes á muchos de los que habían venido por diputados. Desairado por la transmisión del mando á D. Pedro Girón, retiróse Padilla á Toledo, y sólo quedaron para guardar la villa y el palacio, cuatrocientos clérigos que seguían las banderas del obispo de Zamora y unos pocos jinetes y peones. Día por día se aguardaba la noticia de la toma de Rioseco, donde al amparo de frágiles muros se guarecían los regentes; aprestábanse festejos para el triunfo y coronas para los vencedores, cuando á un tiempo cundió la voz de que Girón sin combatir, con torpeza muy semejante á la perfidia, se había retirado con sus fuerzas á Villalpando, y que avanzaban sobre Tordesillas las tropas imperiales.

Vecinos, soldados, clérigos, todos se apercibieron á la defensa, emulando el heroísmo de Medina del Campo. Al caer la tarde del 5 de Diciembre, desoído el mensaje de los sitiadores, empezó el ataque al nordeste de la cerca entre las puertas de Santo Tomás y de Valladolid, y muy pronto conocida la resistencia del muro, hubo de asestarse contra una de las puertas la

(1) Casó esta princesa en 1524 con Juan III rey de Portugal. Al dar cuenta al emperador de la situación del reino el consejo real en 12 de Setiembre de dicho año, la reasume en estos breves y enérgicos rasgos: «De manera que V. M. tiene contra su servicio comunidad levantada, á su real justicia huida, á su hermana presa y á su madre desacatada; y hasta agora no vimos alguno que por su servicio tome una lanza.»

artillería de campaña. Mandaba las huestes el joven conde de Haro, primogénito del condestable Velasco, seguíale el de Cifuentes con el estandarte real encarnado y verde al frente de dos compañías de jinetes desmontados, mientras que al opuesto lado de la villa el conde de Alba de Liste se esforzaba en abrir brecha por un tapiado boquerón que el caballero Dionís de Deza acababa de descubrir. Anochecía ya, cuando quedó libre el portillo y practicable con los desprendidos escombros la subida, por donde treparon uno á uno los más valientes y penetraron por entre las llamas que á las casas vecinas habían prendido los sitiados; y al mismo tiempo caía á hachazos la puerta, franqueando la entrada á las cerradas columnas del enemigo. Todo fué confusión y matanza en medio de las tinieblas, rasgadas únicamente por el resplandor del incendio: los próceres atravesaron á paso de carga la villa, corriendo á apoderarse del palacio y á impedir que los fugitivos se llevaran por el puente á la reina, á quien hallaron en el atrio con su hija, asustada y atónita entre dos bandos que se proclamaban á la vez sus defensores. Duró el saqueo hasta la mitad del siguiente día, hasta dejar hartos y rendidos á los feroces soldados y rudos vasallos de los grandes (1); cayeron prisioneros dentro del monasterio de Santa Clara nueve diputados de la santa junta, y muertos no sin estrago de los vencedores gran número de vencidos, vendiendo caras sus vidas algunos de los mismos clérigos de Acuña (2). Tordesillas y la reina Juana salieron, como se dijo entonces, de la opresión de los rebeldes (3), pero la una asolada, la otra

(1) Los del conde de Luna, de las montañas de León, viendo que en el saco venían los demás muy cargados, decían, según refiere el historiador de Simancas: «no pensé que saco, saco era furtar, que yo furtára mas que cuatro.»

(2) «Vi con mis ojos propios, escribe Guevara al célebre obispo de Zamora, á un vuestro clérigo derrocar á once hombres con una escopeta detrás de una almena, y el donaire era que al tiempo que asestaba para tirarles, los santiguaba con la escopeta y los mataba con la pelota. Vi tambien que dieron al clérigo una saetada por la frente... que ni tuvo tiempo de se confesar ni aun de se santiguar.»

(3) Á estos sucesos se refiere sin duda una piedra que vimos en Tordesillas

sumida otra vez en su melancólica demencia, de la cual ya no despertó sino pocos momentos antes de espirar en 11 de Abril de 1555, noche de jueves santo, á la voz del venerado Francisco de Borja. Con la salida de su cadáver y del de su marido para la capilla real de Granada, acabó la sombra de corte que una sombra de reina había dado á Tordesillas.

Cuando Padilla, para reparar los desastres causados por la mala fe del caudillo que le había sido antepuesto, se puso otra vez al frente de las tropas obligado por las aclamaciones populares, sus miradas se fijaron desde luégo en Torrelobatón, pueblo del almirante D. Fadrique, cuya guarnición dándose las manos con las de Tordesillas y Simancas, y asegurando las comunicaciones con Rioseco, tenía bloqueada á Valladolid último asilo de la santa junta. Antes que á los poderosos Enríquez había pertecido Torrelobatón en el siglo XIV á la reina D.ª Juana Manuel, quien habiéndola heredado de su madre D.ª Blanca de Lacerda, la cedió en 1380 al hospital de Villafranca de Montes de Oca. En 1444 era ya del almirante, y como tal mereció ser teatro en 1.º de Setiembre de las solemnes bodas de su hija D.ª Juana Enríquez con el rey de Navarra D. Juan de Aragón, enlace que á vuelta de graves daños é injusticias trajo más adelante el beneficio de dar existencia á Fernando el Católico. Perdióla en las frecuentes revueltas el inquieto magnate, y sirvió de prisión su recinto al rebelde conde de Castro: pero en breve fué restituída á su señor, bajo cuyo nieto se preparaba á sostener el pendón real y la autoridad de los gobernadores, después de haber presenciado las estériles negociaciones que para evitar el rompimiento mantuvo desde allí el benévolo Don Fadrique con la junta de Tordesillas.

---

con los siguientes versos, de los cuales el tercero presenta en su principio alguna dificultad:

Esta villa fué tomada
Y por Dios fué delibrada.
. . . . tame esta victoria
Por dejar de mí memoria.

Fuertes muros rodeaban entonces al pueblo, aunque su posición en un hoyo no brinda á la defensa; hoy no subsiste de ellos más indicio que un arco al extremo de la plaza junto al moderno consistorio, pero ya en aquel tiempo había desbordado de la cerca el caserío, formando un arrabal que ha ido en aumento posteriormente. Su actual aspecto discrepa muy poco de la época de las comunidades, á la cual pertenecen con corta diferencia sus dos parroquias de San Pedro y Santa María, ambas de tres naves y de la gótica decadencia, con la particularidad de que entre la nave principal y las laterales de la segunda, media á cada lado un solo arco de comunicación, rebajado y grandioso, que atrevidamente abarca toda la longitud del templo. Nada mejor conservado que el castillo, tan entero que sin su historia y su carácter se le creyera casi de construcción reciente: dominan los techos su robusta mole, flanqueada en tres de sus ángulos por cubos y en el otro por la cuadrada torre del homenaje, que descuella gentil con sus ocho garitas; y ni uno falta apenas de los modillones que ciñen la obra, sin que aparezca una sola almena ni vestigios de que nunca las haya habido.

Corría la segunda mitad de Febrero de 1521, al caer una mañana sobre Torrelobatón siete mil infantes y quinientas lanzas al mando de Juan de Padilla. Con el primer ímpetu penetraron en el arrabal é intentaron escalar los muros; pero los certeros tiros de los sitiados, barriendo sus apiñadas filas, les hicieron más cautos para lo sucesivo. Armáronse las baterías, exploróse el lado más débil de la cerca, abriéronse portillos, fueron ahuyentadas en repetidas escaramuzas las fuerzas que ya el almirante, ya el conde de Haro, destacaban para socorrer á los de dentro. Al quinto día, 26 de Febrero, recompensó la fortuna la previsión y constancia del adalid toledano: asaltada á la vez por todo su circuito la pequeña villa, entrada á viva fuerza por un lado y rendida por otro, pagó con el más cruel saqueo, como Tordesillas, su heróica resistencia, y quedó preso su jefe Garci

Osorio, de la familia del marqués de Astorga. El castillo, atestado de niños y mujeres, se entregó al día siguiente con más ventajosas condiciones. Con esta toma se juzgó compensada la reciente pérdida; con este triunfo que prometía otros mayores olvidáronse las pasadas derrotas, y de todas las ciudades de Castilla levantóse una aclamación unánime al nombre que se había hecho símbolo de victoria y de esperanza.

¡Esperanzas ilusorias! Transcurrieron días, semanas, meses, y Padilla continuaba en Torrelobatón dormido sobre sus laureles. Concertáronse treguas por ocho días, que con sutiles mañas y especiosos proyectos de paz fueron prorrogando los gobernadores hasta rehacer sus fuerzas; y la hueste comunera, entregada de día á la inacción ó al merodeo, y de noche al más profundo sueño al calor de las hogueras encendidas de trecho en trecho por las calles del arrabal, acabó por experimentar numerosas deserciones, perdiendo sus mejores lanzas y los veteranos que tenía á sueldo. Todo el cuidado del vencedor se cifró en fortalecer su conquista, como si en ella hubiese de asentar su trono, y en alguna que otra correría por las inmediaciones para contemplar de lejos á Tordesillas; y entre tanto bajaba de Burgos con crecidos escuadrones el condestable, y subían los otros magnates, banderas desplegadas, á envolverle en su guarida. La proximidad del ejército imperial, reunido á una legua de distancia en Peñaflor, sacó por fin á Padilla de su letargo: entonces pensó en retirarse hacia Toro para juntarse con los refuerzos de Zamora y Salamanca; entonces, desdeñando los siniestros agüeros de su capellán y echándose en brazos de la Providencia, en la mañana del 23 de Abril emprendió su salida de aquel lugar funesto que tenía su vigor paralizado.

No aguardó las sombras de la noche para encubrir su retirada; receloso de alguna emboscada del enemigo ó tal vez más de la firmeza de los suyos, quiso que al menos se la infundiera la luz del día avergonzando á los cobardes: delante marchaban dos cuerpos compuestos de ocho mil peones, iba en el centro la

artillería de Medina del Campo, y detrás con quinientas lanzas el caudillo. Mustios y con la celeridad que toleraban lo lluvioso del día y lo cenagoso del terreno habían andado tres leguas de eriales y ondulosos campos á lo largo del arroyo Ornija, cuando se dejaron oir antes que ver á sus espaldas los escuadrones imperiales. Dejando atrás á su infantería mal segura también como la otra, dos mil cuatrocientos jinetes y entre ellos la flor de la grandeza embistieron cuáles por los flancos, cuáles por la retaguardia, á los ya temerosos comuneros; el estrépito y la gritería y algunos disparos de cañón bastaron para sembrar el pánico entre sus filas, y la lluvia que les azotaba el rostro y la esperanza de guarecerse en el pueblo de Villalar, que cercano se veía, acabaron de desordenarlas. Á las voces de *Santa María* y *Carlos* apenas había quien repusiera *Santiago* y *libertad* sino Padilla, que por tres veces intentó en vano detener y ordenar sus tropas, y que seguido sólo de cinco escuderos se precipitó á morir en medio de las lanzas enemigas; atascada en el lodo la artillería no pudo maniobrar, y dispersos como manadas de ovejas los peones, sin disparar un solo tiro, caían atropellados bajo las plantas de los caballos. Al fin hubo de rendirse el valiente campeón rota la lanza y herido en una pierna, y si halló por lo general entre sus adversarios el respeto debido á su noble infortunio, no faltó quien villanamente á pesar de verle desarmado le ensangrentara el rostro de una cuchillada.

Villalar, pueblo humilde y hasta la sazón oscuro, presenta al norte unas areniscas cuestas, que fueron teatro de la batalla ó más bien de la derrota. Rodeólas por el lado oriental una división de caballeros dejándose caer de pronto sobre los fugitivos; y en aquel pequeño puente llamado de Fierro que se levanta apenas sobre el arroyo, allí se ensangrentó la matanza, que vino á aumentar la llegada de los peones imperiales. Más de dos leguas hasta Villaster á la luz del crepúsculo persiguió el conde de Haro á los comuneros, felices cuando lograban trocar la roja cruz que adornaba sus pechos por la blanca de los

vencedores: ni uno de estos pereció, de los vencidos no murieron más que ciento (1), quedando cuatrocientos heridos y mil prisioneros que desnudó hasta las carnes la rapacidad de los soldados. Dióse á Padilla por cárcel el contiguo castillejo de Villalba, lugar que ya no existe, perteneciente entonces al caballero de Toro D. Juan de Ulloa que le había herido cobardemente; y allí con su inseparable amigo Juan Bravo, capitán de Segovia, y con los dos Maldonados de Salamanca, aguardó á que los gobernadores fallaran sobre su destino. Á la mañana siguiente fueron conducidos á una casa de Villalar, donde precediendo solamente un breve interrogatorio, les intimó el alcalde la sentencia de decapitación (2); escogió Padilla por confesor un fraile francisco, y por único testamento, ya que su hacienda había de ser confiscada, escribió á la ciudad de Toledo y á su esposa aquellas dos incomparables cartas, en que mejor que en las lides desplegó su magnánimo carácter (3).

En sendas mulas se dirigían los ilustres reos al suplicio; pero en lugar de D. Pedro Maldonado Pimentel, á quien por de pronto habían logrado salvar las instancias de su deudo el conde de Benavente, buscóse otra víctima, á Francisco Maldonado, que iba ya preso camino de Tordesillas. El pregón que delante recitaba el verdugo los daba por traidores, á cuyo dictado no pudiéndose contener el impetuoso Bravo «mientes tú y aun quien te lo mandó decir,» exclamó; con un desatento golpe de vara contestó el alcalde, con estas sublimes palabras Padilla: «Sr. Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros, hoy

(1) Así dice Sandoval; el conde de Haro en el parte que dió al emperador indica que «los muertos y heridos serían obra de mil hombres, de los cuales mató muchos el artillería.»

(2) Publicóse en el tomo I de la *Colección de documentos inéditos* de los señores Navarrete, Salvá y Baranda, pág. 283. El doctor Cornejo, que la firma con los licenciados Garci Fernández y Salmerón, fué uno de los oidores del consejo que Padilla trajo presos á Tordesillas, culpa que tiene buen cuidado de recordar en el interrogatorio.

(3) Las insertamos en el tomo de *Castilla la Nueva—Toledo*, en la reseña histórica de esta ciudad.

lo es de morir como cristianos.» Al llegar á la fatal picota asieron del segoviano, que rehusó morir sino á la fuerza, y tendido sobre un repostero le degollaron, separando como de rebelde la cabeza del cuerpo por orden del implacable magistrado; Padilla, después de entregar al hijo mayor del marqués de Denia D. Enrique unas reliquias que traía al cuello para su consorte, y de contemplar un momento el truncado cadáver de su amigo, diciéndole «¡ahí estais vos, buen caballero!» tendióse tranquilamente á su lado y sufrió la misma suerte (1). Casi al propio tiempo fué traído el capitán de Salamanca, y un momento después colgaban al rededor del célebre rollo tres cabezas, no de mártires ni tampoco de traidores, como opuestas pasiones los han declarado, sino de caballeros más animosos que prudentes y de mejor intención que acierto.

Á las de muchas ciudades excede en interés dramático la reducida plaza de aquel lugar donde tal tragedia se representó: situada al oeste del pueblo cíñenla al norte y mediodía bajas habitaciones de tierra y ladrillo, al oriente descuella la raquítica torre del reloj frente á la cual erguíase sobre unas gradas la funesta picota (2), al poniente presenta su flanco la parroquia de San Juan, que si bien del siglo XVI como la otra de Santa María, no ostentaba entonces la cúpula y el moderno ornato que engalana ahora sus tres naves. Aunque perteneciente á la orden de Santiago y aneja á la encomienda de Castroverde de Cerrato, elegía Villalar sus alcaldes, y en 1537 acabó de emanciparse, comprando diezmos, montes, pastos y jurisdicción por cinco millones y medio de maravedises. Al año siguiente Pedro-

(1) Para completar los pormenores de los últimos instantes de Padilla debemos añadir que antes de tenderse dijo al verdugo: «hacedme este placer, que seais conmigo mas liberal que con el señor Juan Bravo,» y luégo levantando los ojos exclamó: *Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.* Al ir á desnudarle el verdugo, se lo prohibió y aun le amenazó D. Luís de Rojas. Bravo pidió ser degollado primero «para no ver la muerte del mejor caballero de Castilla.»

(2) Ya no existe este padrón, ni al pié de él los restos de los caudillos comuneros, pues en 1821 parece fueron exhumados y depositados dentro de una urna en una parroquia de la villa, y desde allí trasladados á la catedral de Zamora.